

Habitan en viviendas precarias 900 mil capitalinos

Tiemblan de miedo en las vecindades

Techos podridos, paredes resquebrajadas, **casas** hundidas y muros sostenidos apenas por tablones son el común denominador en las vecindades, donde cada

sismo es un volado.

El paso del tiempo ha dañado las estructuras de los inmuebles hasta convertirlos en un peligro para los 900 mil capitalinos que habitan en 227 mil viviendas precarias, de

acuerdo con un censo del Instituto de Asistencia e Integración Social del GDF.

En vecindades de tres Delegaciones con altos índices de desarrollo humano se recabaron estos testimonios.



EN EL HOYO. En la Delegación Benito Juárez, la de mayor desarrollo humano, también hay vecindades. En la calle Matías Romero hay una vecindad con 46 viviendas y sus moradores ya casi se acostumbraron al crujir que le sigue a cualquier temblor.



Aplican plastilina al techo

Oscar Balderas

En una de las vecindades más antiguas de la Colonia Tlaxpana, en la Delegación Miguel Hidalgo, da la bienvenida alguien singular.

Por fuera, en la parte alta del inmueble, cuelga una manta con la fotografía de la diputada federal Gabriela Cuevas, quien durante la campaña electoral de 2009 escribió de puño y letra: "Con enorme cariño para los vecinos y vecinas de Quetzalcóatl 52 ¡Gracias! Gaby".

Por dentro, el techo de la vecindad es una telaraña de cemento y piedras, apenas sostenido por maderos podridos que se sacuden, incluso con la lluvia.

"Me da coraje ver esa foto porque sólo nos engañó. Yo le pedí (a Cuevas) ayuda para mi casa porque está a punto de caerse y nunca regresó. Esto no resiste ni un ventarrón, ya no cuelgo cuadros porque siento que si le doy un martillazo se va a caer", comenta Esther Muñiz, de 82 años, quien habita junto con su esposo una pequeña recámara con cuarteaduras.

La vecindad, cuya historia se cuenta en más de 100 años, tiene daños estructurales evidentes: los baños comunitarios están destruidos, los muros tienen grietas profundas y hay **casas** con hundimiento severo.

Hay ocho viviendas; cinco están habitadas, una está abandonada desde la muerte de su dueño y de las otras dos han huido sus habitantes por miedo. Había nueve, pero el sismo del 85 la derrumbó y desde entonces el cascajo sigue ahí, justo en la parte trasera de la vecindad y detrás de la casa de Esther.

"Si esa casa se cayó hace tantos años, ¿qué le va a pasar a la mía si vuelve a temblar?", cuestiona.

Para prevenirse, la ex maestra de primaria sigue el ejemplo de habitantes de otra vecindad de la calle Quetzalcóatl, la del número 60, donde la mayoría de sus habitantes vive de vender elotes y esquites.

"Me lo enseñaron las vecinas: le pones plastilina al techo y ya no se mueve tanto", señala.

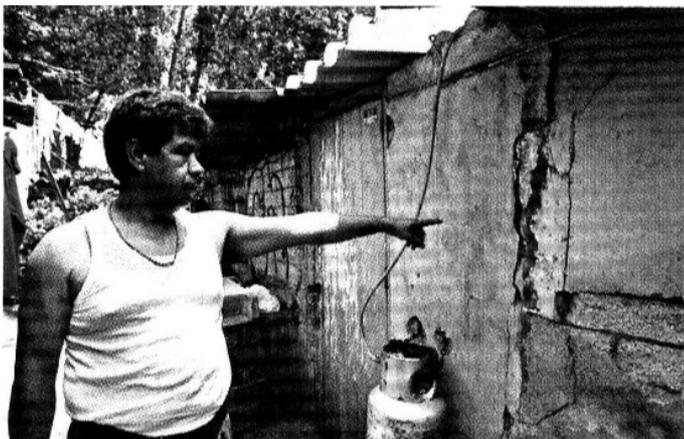
Y sin embargo, se mueve, has-

ta al paso del camión de los refrescos. "Yo nada más pienso que si va a temblar, que no me vaya a agarrar en la casa, que tiemble cuando yo esté afuera, porque esto no aguanta mucho", dice Esther.



> La profesora Esther Muñiz asegura que su casa en la Tlaxpana, no aguanta mucho.

FOTOGALERÍA
REFORMA.COM



> Los habitantes de casa precarias, como Bulmaro Reyes, están resignados a quedarse, pues no tienen cómo salir de ellas.

Quedan 'atrapados' entre tanto agujero

Oscar Balderas

Entrar a la vecindad de Matías Romero 181, en la Colonia Independencia de Benito Juárez, es como recorrer un laberinto, donde muchos viven atrapados.

Sus pasillos conducen desordenadamente a 46 viviendas que se extienden sobre un suelo irregular, consecuencia de los hundimientos de la zona, que se hacen evidentes por la formación de charcos, incluso cuando no llueve.

Sus **casas** están **construidas** con techos de lámina y muros de ladrillo gris que tienen agujeros por donde se cuela el aire, la lluvia y hasta animales.

El punto de reunión del laberinto es una Virgen de Guadalupe, ubicada al centro, protegida por maderos a punto de caer.

Las tablas de la vecindad, cuya esquina toca al Eje Central Lázaro Cárdenas, están tan astilladas que bastaría recargarse para derrumbar el altar, donde los vecinos se reúnen después de cada temblor para agradecer que no se haya caído alguna casa.

"Aquí cualquier temblorcito

nos da mucho miedo, nomás escucha uno cómo truena todo y no sabes si quedarte aquí o salirte.

"Estamos como atrapados ¿eh? Si tuviera dinero ya me hubiera salido de aquí, pero la verdad, ¿a dónde va uno si las **casas** son tan caras?", pregunta Bulmaro Reyes, habitante del interior 10, donde hay una grieta que corre en diagonal de piso a techo.

Como él, la mayoría de los vecinos tienen historias que contar después de un sismo: una grieta más profunda, una fisura más larga, una puerta que ya no embona.

"¿Irme? ¿a dónde? No hay dinero para comprar otra casa, apenas tengo para mantener ésta. Aquí nacieron mis hijos y yo creo que aquí me voy a quedar hasta que muera", dice Alma Delia Maldonado, quien vive con sus dos hijas.

Y es que para sus habitantes, lo que los retiene en sus **casas** es la pobreza, que no les permite moverse a un lugar seguro en caso de que un temblor los sorprenda.

"Me da mucho miedo que vaya a temblar como el 85, me encantaría cambiarme de casa, pero ¿de dónde va a salir para eso? Hay que aguantarse", dice.

Fecha 20.09.2010	Sección Ciudad	Página 4
---------------------	-------------------	-------------

Provocan las grietas insomnio o pesadillas

Óscar Balderas

A sus 73 años, Dionisia Martínez parece más una niña: duerme con la luz encendida, no le gusta cerrar la puerta y tiene pesadillas que la hacen llorar.

Asegura que el insomnio es por "vieja", pero su hija, Lucero Pérez, dice que es porque le da miedo todo, incluso que se caiga la vecindad.

Ubicado en el corazón del Centro Histórico, casi detrás de la Arena Coliseo, en el predio de República de Perú 21 de la Delegación Cuauhtémoc, que alberga 12 casas, los temblores se sienten con mayor intensidad debido a lo acuoso del subsuelo.

Quienes llevan la peor parte, dicen sus habitantes, son los vecinos del primer piso, donde los temblores hacen que las vigas y una vieja escalera crujan.

La mayoría de las casas tienen fisuras en las paredes, techo y piso, que no pueden ser disimuladas, como lo hace Dionisia, con

la pintura verde pistache que hay en su sala.

"Atrás de la alacena hay una (grieta), otra atrás de la tele y otra atrás del sillón. El resto las pintamos para que no se vean", dice.

Es tanto su temor, señala Lucero, que después de una sacudida su mamá pasa días sin dormir, por lo que camina en la madrugada los 15 metros de la casa y toca las grietas.

"Van a decir que estoy loca, pero luego les hablo bonito y les digo 'no te vayas a quebrar, espérate a que me muera y que mi hija se consiga otra casita'", asegura Dionisia.

Y aunque es la "enfermera" de la vecindad, aún no ha encontrado un remedio para dormir con tranquilidad: la leche tibia, los licuados de lechuga o el té de azahar no han podido vencer al insomnio.

"Sí me da mucho miedo, yo digo que es porque estoy vieja, pero me da mucho sentimiento. Hay noches en que nomás escucho cómo truena todo y tengo que prender la luz del susto para dormir".